

# ***Fortuna y virtus. La vida como *faciendum* en Torrente Ballester y Ortega y Gasset***

**Strosetzki, Christoph**

First published in:

Becerra, Carmen (Ed.): *Miradas sobre Gonzalo Torrente Ballester en su centenario : (1910-2010)*. Vigo : Academia del Hispanismo, 2011, p. 123-139

ISBN: 978-84-15175-20-9

# FORTUNA Y VIRTUS. LA VIDA COMO *FACIENDUM* EN TORRENTE BALLESTER Y ORTEGA Y GASSET

Christoph STROSETZKI  
*Universität Münster*

*Wir sind nichts, was wir suchen, ist alles.*  
Hölderlin, *Hyperion* (1797).

*La vida es un gerundio y no un participio: un faciendum y no  
un factum. La vida es quehacer.*  
Ortega y Gasset, *Historia como sistema* (1941).

**E**n el Renacimiento, el contraste entre *virtus* y *fortuna* respondía al enfrentamiento entre el sujeto y los hechos objetivos. Si se dispone de *virtus* suficiente, así se pensaba, uno está en posición de vencer al destino. Si consultamos a Petrarca, todo parece ser muy sencillo. Dependiendo de si el destino dispone buena o mala *fortuna*, al individuo le vencerá con diferentes armas: la próspera *fortuna* con los afectos *gaudium* y *spes*, asociados, respectivamente, a la arrogancia y codicia, y la adversa *fortuna* con dolor y *metus*, es decir, con abatimiento y miedo, donde el primer afecto siempre se refiere al presente y el último al futuro. En la dicha, el poder y la riqueza llevan a la superbia, el peor de los pecados capitales de la teología cristiana. No es mucho mejor el caso de la mala *fortuna*, en la cual el abatimiento y el miedo conducen al pecado capital de la accidia, de la pereza. Así pues, la *fortuna* lucha contra la *virtus* al difundir pasiones destructoras. La *virtus* puede defenderse frente a la arrogancia por medio de las virtudes de la temperantia y frente al abatimiento con la virtud de la fortitudo y, así, dispone de armas contra la *fortuna* tanto en la dicha como en la desdicha. La *virtus* se defiende contra los afectos, pues éstos conducen a juicios de valor falsos, tienen un carácter contrario a razón y ponen en peligro la dignidad humana.

Cuando los afectos significan desconocimiento, la *virtus* que los combate debe estar fundada en el conocimiento. Unidos a la temperantia y a la fortitudo quedan pues la prudentia y la iustitia. Dado que nada de lo que pueda suceder de un modo u otro en el futuro debe consternarnos, la prudentia deviene en providentia, mientras que la justicia queda encargada de las correctas relaciones de las facultades del alma así como del trato conveniente con los demás. Sólo aquél que esté en posesión de la verdad puede encontrar un proyecto de vida fijo e infalible. Quien se deja llevar por otros sufre una *opinionum perversitas*, la cual convierte su vida en una sucesión de

errores, lamentaciones y nuevos errores<sup>1</sup>. *Consilii inopia, mala electio, inconsultus appetitus, opiniones falsae*: son éstas algunas de las enfermedades de los necios obcecados por los afectos, cuya ilusión de una dicha aparente significa la presunción de estar en el camino hacia la felicidad sin realmente encontrarlo. Sería adecuado aquí el precepto del oráculo de Delfos: “*Nosce te ipsum*”. Conocerse a sí mismo y al mundo con la ayuda de las virtudes *temperantia* y *prudentia* son condiciones para el reconocimiento de lo que realmente da la felicidad. Sólo de este modo puede vencer la *virtus* y la *fortuna* ser derrotada, opinaba Petrarca en *De remediis utriusque fortune*.

Motivos tenía Petrarca para decidirse contra la novela como género para su texto, puesto que son precisamente las pasiones las que dominan las tramas novelescas. Con independencia de ello, hay una distancia de alrededor de 600 años entre el escrito de Petrarca y la novela de Torrente Ballester *Los gozos y las sombras* (1959-1962). Pese a todo, no se puede discutir que los protagonistas de la novela se encuentran en busca de la felicidad. La cuestión, por ejemplo, de cómo encontrar un proyecto vital fijo e infalible, conociéndose uno a sí mismo y sin ser condicionado por los demás, podría ser un motivo crucial también en Torrente Ballester.

La oposición de *fortuna* y *virtus* puede relacionarse también con oposiciones de conducta, denominadas por Wilhelm Dilthey visiones del mundo o disposiciones vitales cuando compara la actividad de aquellos que ordenan y disponen su existencia siguiendo un proyecto de vida, que se sienten perteneciente al mundo, dentro de éste como en su propia casa y que tienen los pies en la tierra, con la pasividad de aquellos que observan el mundo como espectadores, como si se tratara de un ente coloreado, extraño y efímero<sup>2</sup>. Una oposición comparable la encontramos también en la novela: allá donde se elige el proyecto de vida de modo poco consciente aparece condicionado por el destino, como en el caso de Carlos. El mismo Carlos diferencia al tipo de persona fuerte y marcado por la iniciativa propia de otro tipo de persona que va allá donde le conducen las circunstancias. Él mismo se considera débil de voluntad y, como consecuencia, un juguete en manos del destino. En él ha germinado con tal fuerza un recuerdo de la niñez que le ha arrancado de su vida anterior y ha destruido los planes que tenía. Así, desde hace meses sus acciones están determinadas por el deseo de derribar el tabique con el que la madre había bloqueado la habitación de la torre tras la partida del padre y por conocer la habitación en la que su padre había estado.

El tipo contrario, que planea y actúa de forma activa, lo conforma Cayetano: “Yo me levanto cada mañana a las siete, y a las ocho estoy en mi puesto. Hago funcionar mi empresa y doy de comer a varios cientos de familias. Después de ocho horas de trabajo soy libre, pero he conquistado mi libertad” (Torrente, 2007: I, 169). A primera vista, Carlos aparece como resultado del destino y entregado a su fortuna, mientras que Cayetano configura su destino de forma activa.

<sup>1</sup> Cf. Heitmann, 1958: 103.

<sup>2</sup> Cf. Dilthey, 1911: 10s.

## SPES Y METUS

Si echamos un vistazo a la valoración de Carlos sobre los planes de futuro, vemos que todo ello no es tan simple. Petrarca afirmaba que uno piensa en el destino futuro con esperanza o con temor, dependiendo de si uno aguarda algo bueno o algo malo. Mientras Petrarca rechazaba estas disposiciones por tratarse de afectos, en Torrente Ballester parecen tener una valoración positiva. Aún cuando resulten ser ilusiones, poseen un efecto estabilizador. Así al menos lo considera Carlos cuando aconseja invertir toda la fe en algo estúpido y a la vez satisfactorio, como por ejemplo en la ciencia o en el éxito profesional (Torrente, 2007: III, 874). La fe y la esperanza deben guiar los planes de vida. Para Carlos, el secreto de la vida reside en no perder nunca la esperanza, mas como toda esperanza conlleva en sí misma la muerte y tarde o temprano se consume, debe uno continuamente imaginarse una nueva. Esto es así incluso para los pescadores, aunque éstos sólo puedan soñar cuando el diputado don Lino consigue transmitirles una nueva ilusión (Torrente, 2007: III, 1142).

Son, así pues, los grandes proyectos y planteamientos los que se revelan como esperanzas o ilusiones. Precisamente en el ámbito del arte se plantean grandes proyectos. Germaine planifica su carrera de cantante, encubierta ésta con palabras como vocación o anhelo de un ideal, cuando en realidad lo único que tiene en mente son los aplausos, los éxitos y la gloria, y no observa la música como algo que tiende puentes entre el espíritu, los sentimientos y la vida del músico y sus oyentes. Mientras Germaine se aferra decidida a su esperanza, el pintor Eugenio ya la ha perdido. Durante mucho tiempo, estuvo convencido de poder llevar a cabo esto o lo otro y de poder superarse a sí mismo, anheló las posibilidades ilimitadas a su alcance hasta que, desilusionado, tuvo que reconocer cuán angostas eran las fronteras que se le habían emplazado.

Con una pretensión casi absoluta se pregunta el boticario Baldomero quién puede conservar la esperanza de seguir a Cristo. ¿Cómo puede uno continuar viviendo si toma en serio la oración del evangelio: El que me sigue no camina en las tinieblas? Baldomero opina: "Decimos que esto es la luz, y vamos tirando. Hay siempre una esperanza, ¿comprende?, o un engaño; uno se agarra a lo que hay" (Torrente, 2007: III, 936). La esperanza pervive aunque uno se rinda. Clara estima que rendirse no es algo malo, sino una posibilidad como cualquier otra, pues el desistimiento puede engendrar una nueva esperanza. También en lo que se denomina el mal se escondría una posibilidad de ser feliz. La felicidad, por el contrario, le parece un engaño y una mentira, si bien una mentira piadosa (Torrente, 2007: III, 1124). Si incluso la renuncia personal conlleva una nueva esperanza, es entonces la revolución, según Juan, la que ofrece una salida a las personas sin esperanza, lo que a ojos de Carlos es mejor que la resignación, la cual entra en escena cuando uno no puede engañar a sus amigos, cuando todos los medios han fracasado y ya no se dan jaculatorias a los dioses. Esta resignación está ligada a la huida. Carlos explica la huida de su padre con el temor de encontrarse en el mundo sin saber el porqué y sin sentir el deseo de imaginarse un porqué (Torrente, 2007: II, 641). Esta resignación es la que Petrarca denominaba *accidia*.

Así las cosas, es indispensable tener una esperanza, un proyecto de vida. A los personajes de Torrente Ballester parece importarles poco que se tome el camino que, según un preciso reconocimiento lógico en el sentido de Petrarca, es el correcto. Las posiciones representadas en la novela hacen pensar más bien en un escepticismo que escoge un camino arbitrario, dado que de todos modos el verdadero no puede reco-

nocerse. Como una esperanza es mejor que ninguna, es suficiente la casualidad o la probabilidad.

Uno recuerda la figura de la locura en Erasmo de Róterdam. Ésta alude en *Encomium moriae* al dicho de Sófocles: "Sólo en la insensatez es la vida agradable" (Erasmus, 2006: 21). Se cuenta de uno de tales locos que pasaba el día, desde sol a sol, en el teatro y que allí reía y aplaudía porque creía que se representaba una buena pieza, aunque no se representara nada. Cuando sus familiares consiguieron curarle utilizando algunos medicamentos y hubo recuperado el juicio, se lamentaba afirmando que se le había privado de las mayores alegrías y que, en realidad, no se le había salvado, sino asesinado<sup>3</sup>. La ilusión, aún cuando no sea real, posee un efecto bienhechor, como cuando alguien cree oír en el rebuzno de un burro una magnífica sinfonía o cuando a pesar de padecer la pobreza más sofocante uno se tiene por multimillonario. Por último, según Erasmo, la ignorancia tiene dos ventajas: por un lado, es compatible con el amor propio y, por el otro, goza de la admiración de la masa<sup>4</sup>. El sueño y la holgazanería son para unos la mayor felicidad; otros toman prestadas grandes sumas de dinero y se consideran ricos aunque pronto estén en puertas de la bancarrota; otros, por su parte, racanean y ahorran sólo para dejar una herencia considerable<sup>5</sup>. Existe una gran variedad de proyectos de vida. La locura de Erasmo hace referencia a Salomón, cuando en el capítulo 15 dice: "la estulticia es la alegría del estulto". Y dispone otras dos citas: "Quien añade ciencia añade dolor y en el mucho entendimiento hay mucho sufrimiento". Y extraído del capítulo 7: "En el corazón de los sabios reside la tristeza y en el de los estultos la alegría" (Erasmus, 2006: 138).

#### SUPERBIA Y HOMBRE SELECTO

En Petrarca encontramos que, en la dicha, el poder y la riqueza conducen a la *superbia*, el peor de los pecados capitales. De hecho, quien está convencido de su propio plan de vida y lo considera, además, superior, desarrolla la tendencia a mirar a los demás por encima del hombro con soberbia. No son pocas las ocasiones en que encontramos este tipo de soberbia en la novela. Para el soberbio, todo es fácil. Al padre Ossorio le falta, a ojos de Eugenio, humildad. En su soberbia, no tienen conciencia alguna de culpabilidad puesto que está acostumbrado a tener siempre la razón y no quiere darse cuenta de que existe algo superior a su razón. Cuando Eugenio toma confesión a Mariana, el pecado de la soberbia de Mariana ocupa el primer lugar.

También Cayetano se considera un escalafón por encima de los otros hombres de la ciudad. De ello se deriva que no pueda hacer de una mujer como Clara, a quien otro ha despreciado, una de las suyas. Con soberbia observa a Paquito, Juan y Carlos, quienes no son más que tres locos, pero que unidos pueden ser un peligro para la ciudad. Ante todo ello, lamenta no haber matado a Carlos, quien para él es un obstáculo y todo lo desbarata.

<sup>3</sup> Cf. Erasmus, 2006: 67.

<sup>4</sup> Cf. Erasmus, 2006: 79.

<sup>5</sup> Cf. Erasmus 2006: 89.

¿Otorga el conocimiento un mayor sentimiento de superioridad como autoridad sobre las personas y las cosas? La ignorancia, por lo menos, lleva a un sentimiento de inferioridad. Lo demuestra Cayetano cuando se entera de que su padre no fue el amante de Mariana y no es, pues, el padre de su hijo. En ese momento se siente en inferioridad ante Carlos, quien por medio de la lectura de los documentos personales de Mariana habría podido descubrirlo, le asalta el temor y se siente a merced de Carlos. Dado que su mundo amenaza con derrumbarse cual castillo de naipes, el proyecto de vida que ha tejido comienza a tambalearse y siente debilidad e inseguridad. Se demuestra aquí que Cayetano cree perder su sentimiento de superioridad porque Carlos dispone de un conocimiento a merced del cual se encuentra él.

El poder se revela de este modo como un factor de la conciencia, como se muestra en la conversación entre Cayetano y Carlos, culminada con la expresión de esperanza por parte del primero de que Carlos se dé cuenta de que Cayetano es el más fuerte. Carlos, por su parte, arguye que el hecho de que Cayetano le haya llamado es ya un signo de debilidad y el reconocimiento de que pretende ganarse el respeto de Carlos. Aquel que necesita el respeto de otros admite que el otro es superior a él, opina Carlos. Argumenta éste asimismo en el sentido de la relación señor-vasallo hegeliana cuando relaciona la superioridad solamente con el reconocimiento y no con manifestaciones físicas. Si Cayetano hiciera pedazos a Carlos no adelantaría nada, pues seguiría rompiéndose los sesos intentando adivinar lo que Carlos opina de él. La cuestión de la superioridad no podría pues decidirse con un combate de boxeo, así que Cayetano debería matar a Carlos o hacer que abandone la ciudad. Sólo en ese momento habría desaparecido la necesidad del reconocimiento.

Así las cosas, en su papel de intelectual, Carlos goza frente a Cayetano de una forma de superioridad espiritual, que se podría denominar también arrogancia. En su abstención de actuar contempla la fuerza real, pues considera incapaces a aquellos que actúan según sus convencimientos. Ante el dilema de tener que escoger entre engañarse a sí mismo o enfrentarse a los hechos, prefiere lo segundo y se deja paralizar por ellos, de tal forma que se convierte en un incapacitado. Las cosas malas son, así opina, las que se hacen en nombre de objetivos venerables, generaciones futuras y en nombre del bien común. Los sujetos se convencen a sí mismos de que creen en algo que no es más que una justificación. Cuanto más poderosos sean los sujetos, más se engañarán a sí mismos. Carlos ve tales espíritus fuertes en su época encarnados sobre todo en hombres primitivos e insignificantes, pues para ser fuerte se requiere siempre de un sentimiento de superioridad y de la capacidad de poder justificar la maldad cometida. Carlos no es alguien que se contente con lo dado, lo que sucede es que parece no haber encontrado todavía su camino. A Clara le parece tan poco decidido como Juan: "Pero vosotros, digo Juan y tú, que no queréis ser vulgares y que andáis no sé detrás de qué, a la postre acabaréis descubriendo que no andáis detrás de nada, pero os ha quedado la costumbre de andar, y no hay quien os detenga, porque nada os satisface" (Torrente, 2007: II, 672).

También con respecto a Germaine y Juan se cree Carlos muy por encima. Ambos se caracterizan por lo que en su lenguaje denominaría complejo de inferioridad compensado, aunque para esta definición científica prefiere la descripción en el lenguaje de Mariana, con términos como soberbia, envidia y resentimiento. ¿Es Carlos soberbio respecto a Germaine cuando la califica de vulgar? La vulgaridad es para él un remedio de los defectos humanos. Mientras que Eugenio no es feliz, sino que sufre sin remedio, los defectos de una persona vulgar como Germaine pueden sanarse con dinero. Si ella se llevara consigo un millón de pesetas, todo mal y toda desdicha habrí-

an terminado para ella. Carlos predice que los apóstoles del futuro predicarán la vulgaridad y los políticos la impondrán por la fuerza de una pedagogía debidamente orientada. En ese mundo, Germaine sería una estrella, centro de todas las miradas (Torrente, 2007: III, 1002).

En su obra *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset diferenció en el año 1930 entre el hombre masa y el hombre selecto. ¿Habla en Carlos el hombre selecto que critica en Germaine la vulgaridad del hombre masa? ¿Hasta qué punto se mueve Torrente Ballester en el plano de las tesis de Ortega? ¿Dónde está la diferencia? Ortega nombra tres características para el hombre masa: en primer lugar, la vida le parece sencilla y sin limitaciones trágicas, lo que le otorga el sentimiento de seguridad y de arrogancia. En segundo lugar, está tan satisfecho de sí mismo que está cerrado a toda opinión y posibilidad ajena. En tercer lugar, está dispuesto a traspasar su mediocridad a todos los demás<sup>6</sup>. Ortega cree posible adivinar de inmediato si una persona pertenece a la masa o no. Quien se siente “como todo el mundo” (Ortega, 1951: IV, 146), pertenece a la masa. Quien, por el contrario, se pregunta si tiene algún tipo de talento y si en lo que hace es extraordinario o no, no pertenece a la masa. “La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto” (Ortega, 1951: IV, 148). Ortega subraya como algo característico de su tiempo que el hombre masa no sólo se considera sin razón perfecto, sino que incluso proclama el derecho a su vulgaridad real<sup>7</sup>. Se sirve de la civilización técnica tal como lo hacía el hombre primitivo de la naturaleza. “La civilización se le antoja selva” (Ortega, 1951: IV, 202).

Frente a él, el hombre selecto es muy exigente consigo mismo. La diferenciación de Ortega no se aplica a las clases sociales, sino a los tipos de personas que reflejan niveles de educación diferentes. Así, en cada clase social, en cada grupo social, hay “una masa vulgar y una minoría sobresaliente”, si bien en su época haya que lamentar que las personalidades dirigentes hayan ido cayendo cada vez más al nivel de la masa<sup>8</sup>. Si es verdad que la “misión de las masas no es otra que seguir a los mejores” (Ortega, 1951: III, 126), lo que pretenden conseguir es sustituir a la élite. Al contrario que la masa, las “minorías selectas” no son arrogantes: “el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás, aunque no logre cumplir en su persona esas exigencias superiores” (Ortega, 1951: IV, 146). Así pues, hay dos tipos de personas: “las que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismas facultades y deberes y las que no se exigen nada en especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son” (Ortega, 1951: IV, 146). Para Ortega, el hombre selecto se encuentra muy cercano al concepto original de nobleza: “nobleza es sinónimo de vida esforzada, puesta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que ya es hacia lo que se propone como deber y exigencia. De esta manera, la vida noble queda contrapuesta a la vida vulgar o inerte, que, estáticamente, se recluye a sí misma, condenada a perpetua inmanencia como una fuerza exterior no la obligue a salir de sí. De aquí que llamemos masa a este modo de ser hombre —no tanto porque sea multitudinario, cuanto porque es inerte” (Ortega, 1951: IV, 183). De este modo, los hombres selectos representan la ascética y una perpetua tensión, un incesante entrenamiento.

<sup>6</sup> Cf. Ortega, 1951: IV, 207.

<sup>7</sup> Cf. Ortega, 1951: IV, 187s.

<sup>8</sup> Cf. Ortega, 1951: III, 103.

¿Existe, visto de esta forma, el hombre masa en la novela de Torrente Ballester? Hay al menos hombres selectos, quienes como Carlos y Cayetano se plantean duras exigencias, aunque por otro lado exhiben su superioridad con total arrogancia. ¿Puede que sea Germaine, al contrario de lo que Carlos opina, gracias a sus esfuerzos por convertirse en cantante, una representante del hombre selecto? ¿Y no comparte el mismo Carlos a través de su altanería, cuya base es un conocimiento del mundo marcado por la intelectualidad, algunos rasgos con el hombre masa? ¿O puede que sean para Carlos representantes del hombre masa activistas como el diputado Lino o Cayetano, los cuales hacen cosas malvadas en nombre de objetivos venerables o del bien común? Sea como fuere, la cuestión de Ortega de cómo se diferencia un hombre selecto de la masa, juega un papel importante en la novela.

#### LA SPES DE LOS DEMÁS COMO CIRCUNSTANCIA

No todos viven siguiendo un proyecto de vida. Algunos se dejan imponer los deseos de otros, pues hay débiles y fuertes, y los débiles se dejan dominar por los fuertes, como fray Eugenio se deja dominar por el prior y Carlos por Mariana. Los fuertes imponen su voluntad a los débiles y no toman en consideración lo que éstos puedan querer. Se podría comparar asimismo en cuestiones de religión. Según Inés, la fe reside en que los hombres creen aquello que les dice alguien en quien a su vez creen. No importa pues si es la madre, las monjas de la escuela u otras personas. Inés siempre vacila cuando aquellos vacilan o cuando su proyecto de vida no es coherente con las palabras de los demás. El único que se defiende de forma vehemente y con éxito de las intrusiones extrañas es Paquito, a quien se tiene por loco. En una ocasión, amenaza a Carlos con tomar arsénico si éste intenta sanarle con sus conocimientos psicoanalíticos. De ningún modo quiere cambiar su estado. Para él está claro que quiere continuar siendo un loco, si es que lo es, y si no, tampoco quiere cambio alguno.

¿Y cómo es en el caso de Carlos y Cayetano? Para Clara, hacia el final de la trilogía, el último no le parece mejor ni peor que todos los demás. Es bueno y malo al mismo tiempo, fueron otros lo que le llevaron a ser cruel, como por ejemplo su madre, la gente del pueblo e incluso puede que Clara y Carlos. Aunque su papel aparece como impuesto en este pasaje, en realidad es él quien impone los papeles a los demás. Carlos le espeta incluso que trata a las personas como personajes que deben obedecer unas reglas determinadas para que él pueda dirigirlos mejor. Para él, las personas son máquinas engrasadas que han de caminar según su programa. Si no lo hacen, pierde él los estribos y atiza por ejemplo a Rosario. Mas pasa por alto, opina Carlos, que lo que él considera poder no es más que un fraude apalabrado entre señor y vasallo. Así, los súbditos de Cayetano habrían alcanzado un pacto tácito para, en su propio beneficio, dejarse dominar. Las mujeres de Cayetano no serían pues víctimas de sus artes seductoras, sino que con mente calculadora intentarían conseguir algún provecho. Cayetano, sin embargo, se siente tan poderoso que asegura ante Baldomero que es él quien determina el comportamiento de Carlos: lo mismo da si se marcha o se queda, haga lo que haga lo hará por temor a él, Cayetano. En realidad, como ya se ha mencionado, parece que Carlos está manejado desde el exterior desde muchos puntos. Su anterior novia, Zarah, había decidido por él marchar a Brasil, montar allí un sanatorio y suicidarse cuando sus cuerpos ya no fueran capaces de placer. Se siente tan dirigido por ella como anteriormente se había sentido dirigido por su madre en lo con-



cerniente a la carrera profesional. El sentimiento subconsciente de sentirse dirigido lo sintió Carlos con Mariana, quien de manera bienintencionada pretende inmiscuirse en su vida y, a su modo, dirigirla, y con el padre Ossorio, quien regaló a Carlos una pequeña lámpara de arcilla de la que parece salir una fuerza especial como si se tratara de un amuleto. Finalmente, Carlos lamenta que hayan sido los demás lo que hayan marcado su camino como ellos querían, sin preguntarle lo que él en realidad quería: primero, su madre; después, Zarah; al fin, Mariana. Por el hecho de que se le haya dado todo hecho, está acostumbrado a pasar por alto la realidad, y ha olvidado cómo es desear algo. Cuando por fin tuvo claro que Mariana decidiría por él, comenzó a mantener relaciones con Rosario como medio de protección. ¿Se iría tras la muerte de Mariana, posiblemente porque carecería entonces de la protección que le había ofrecido? Carlos llegó a Pueblanueva porque escapaba de algo y quería ahora escapar de Pueblanueva, por lo cual se pregunta si no es toda su vida una huida.

También en este contexto merece la pena echar un vistazo a Ortega y Gasset. Si uno piensa la gran significación que atribuye a la circunstancia, queda claro por qué Pueblanueva, que tiene una fuerza determinante como circunstancia, sugiere por una parte la huida y por otra parte puede frustrarla. No hay que imaginar la circunstancia como algo exclusivamente espacial, sino también social<sup>9</sup>. Tal como se ha mostrado en la novela, los demás tienen una influencia decisiva en los proyectos de vida. Según Ortega, pueden destruir los planes propios del Yo: “Y al vivir yo de lo que se dice y llenar con ello mi vida, he sustituido el yo mismo que soy en mi soledad por el yo-gente —me he hecho ‘gente’. En vez de ser mi auténtica vida me la desvivo alterándola” (Ortega, 1951: V, 74). Carlos es el mejor ejemplo de ello.

Sin embargo, las circunstancias también están marcadas por el progreso técnico y cambian con él<sup>10</sup>. Puesto que el hombre transforma, en calidad de *homo faber*, la circunstancia por medio de la técnica, es él mismo quien transforma el mundo. “El hombre es un fabricante nato de universos” (Ortega, 1951: V, 33). No obstante, el mundo y las circunstancias siguen siendo para él algo enigmático y oscuro, de forma que las ciencias y la filosofía dejan de ser los respectivos intentos del conocimiento<sup>11</sup>. Ortega se suma a Dilthey, quien fue uno de los primeros que hizo de la Idea de la vida un punto de partida<sup>12</sup>. “Mi vida consiste en que yo me encuentro forzado a existir en una circunstancia determinada. No hay vida en abstracto. Vivir es haber caído prisionero de un contorno inexorable” (Ortega, 1951: V, 348). Esta es una cara de la moneda, la otra es la del sujeto. “Vivir es sentirse fatalmente forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo” (Ortega, 1951: IV, 171). Lo que al comienzo habíamos denominado *fortuna* y *virtus*, se convierte en el enfoque orteguiano en circunstancia y decisión: “Circunstancia y decisión son dos elementos radicales de que se compone la vida. La circunstancia —las posibilidades— es lo que de nuestra vida nos es dado e impuesto. Ello constituye lo que llamamos el mundo. [...] Nuestro mundo es la dimensión de fatalidad que integra nuestra vida” (Ortega, 1951: IV, 170).

<sup>9</sup> “Esta circunstancia en que tenemos que estar y sostenernos es nuestro contorno material, pero también nuestro contorno social, la sociedad en que nos hallamos”. (Ortega, 1951: V, 123)

<sup>10</sup> Cf. Ortega, 1951: V, 26.

<sup>11</sup> Cf. Ortega, 1983: XII, 193.

<sup>12</sup> Cf. Ortega, 1951: VI, 166.

## PROYECTO DE VIDA

Si de un lado encontramos la circunstancia como potencial de posibilidades y limitaciones, en el otro se encuentra la decisión de seguir uno u otro camino. Ortega subraya la importancia de la acción: “La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer. [...] Pero el hombre no solo tiene que hacerse a sí mismo, sino que lo más grave que tiene que hacer es determinar lo que se va a ser. Es *causa sui* en segunda potencia” (Ortega, 1951: VI, 32s). Fue justamente esto lo que tan difícil le resultaba a Carlos. La libertad se encuentra en la elección de las posibilidades: “Invento proyectos de hacer y de ser en vista de las circunstancias” (Ortega, 1951: VI, 34). Partiendo de las circunstancias existentes, podemos plantear con nuestra imaginación la persona que queremos ser, un proyecto de vida que escogemos. Ortega equipara con razón este planteamiento con la actividad del autor de una novela: “El hombre es el novelista de sí mismo, original o plagiarlo” (Ortega, 1951: VI, 34). De este modo, cada persona debe encontrar un programa de vida, una figura estática de ser que responda satisfactoriamente a las dificultades que la circunstancia le plantea y llevar a cabo este personaje imaginario por el que se ha decidido. “Esto quiere decir que llega a creer profundamente que ese personaje es su verdadero ser” (Ortega, 1951: VI, 40).

Es, por tanto, el proyecto de vida que inspira y dirige todos nuestros actos. Ante este trasfondo todas las cosas del mundo adquieren su significado, dependiendo de si posibilitan o frustran el programa vital. Un significado de peso especial tiene por ejemplo una cojera para el corredor de juegos olímpicos, pues pone fin a todos los planes. “Es sin duda doloroso el caso de un hombre que por circunstancias del destino no pueda hacer lo que tiene que hacer, lo que tiene que ser” (Ortega, 1951: V, 239). No son pocos los casos como éste que aparecen en la novela. Sirva pensar en la madre de Germaine, quien a causa de la pérdida de voz tuvo que concluir su carrera como cantante. La conciencia de uno mismo es la que marca si los objetivos fijados pueden alcanzarse o no. Ortega llega incluso a definir el Yo a través de su afán de realizar un determinado proyecto o programa de existencia. “Y su ‘yo’, el de cada cual, no es sino ese programa imaginario. Todo lo que hacen ustedes lo hacen en servicio de ese programa” (Ortega, 1951: V, 338). Ya habíamos mencionado que las cosas de las circunstancias adquieren significación en la medida en que posibilitan o frustran el programa vital. Podría añadirse que son significativas por el hecho de poder facilitar o dificultarlo. Lo que se denomina naturaleza, circunstancia o mundo, no es otra cosa que un sistema de dificultades o facilidades del plan de vida<sup>13</sup>. Todas las proyecciones de futuro están, según Ortega, subordinadas al proyecto vital. “En definitiva, los deseos referentes a cosas se mueven siempre dentro del perfil del hombre que deseamos ser. Este es, por lo tanto, el deseo radical, fuente de todos los demás” (Ortega, 1951: V, 344). En las siguientes páginas se presentarán por separado los diferentes proyectos vitales de la novela de Gonzalo Torrente Ballester, ordenados en diferentes ámbitos. Comenzaremos con la vida activa en política y economía. Se continuará, en religión y ciencia, con proyectos que pueden atribuirse más bien a una vida contemplativa.

<sup>13</sup> “Eso que llamamos naturaleza, circunstancia o mundo no es originariamente sino el puro sistema de facilidades y dificultades con que el hombre-programático se encuentra”. (Ortega, 1951, V, 339).

## VITA ACTIVA

Para los socios del casino, la presencia de Cayetano era la circunstancia que les marcaba. Lo mismo se puede decir del diputado Lino, protegido de Cayetano, cuya propia imagen política cambia a la par que su relación con Cayetano. Cuando Cayetano, a quien en un principio celebrara como a un héroe, se convierte en la encarnación de la tiranía, se transforma Lino en ejemplo del luchador por la libertad, aunque se limite simplemente a las palabras y no a cambiar la realidad. El primero en tomar posiciones contra Cayetano es el activista político Juan, quien en un primer momento se define como tiranicida, después como anarquista y, finalmente, como fascista. En el cambio de sus proyectos de vida, las circunstancias no tienen la más mínima participación. Mientras planea el tiranicidio de Cayetano, desearía que Clara quedara seducida por Cayetano para así tener un pretexto, un pretexto que habrá de tener más tarde sin al final actuar. Durante mucho tiempo se define Juan como anarquista por medio de su forma de hablar y de actuar, hasta que las circunstancias, un intento fallido de mediación, conllevan que cambie al lado de los fascistas, lo cual atribuye a sus programas políticos una cierta arbitrariedad y los devalúa.

Recordamos las palabras de la locura que encontrábamos en Erasmo cuando el loco Paquito contempla los programas políticos como locuras arbitrarias e intercambiables, después de que en la misma plaza tuviera lugar un acto electoral con discursos en los que se trataban temas como religión, patria, propiedad y familia y otro acto con banderas republicanas. Según Paquito, para Pueblanueva es indiferente que en España se elija como forma de gobierno la monarquía, la república o el comunismo, pues Cayetano es el único amo del pueblo. El boticario Baldomero demuestra que los programas políticos poco tienen que ver con la realidad y que son tan dúctiles como sustituibles. Baldomero se considera monárquico, aunque no le importa, poco después, aliarse con Juan cuando se trata de eliminar al tirano Cayetano, con lo cual Juan le ve a él, el monárquico, como un anarquista de derechas y a sí mismo como un anarquista de izquierdas.

Así pues, Cayetano es una circunstancia significativa para muchos personajes de la novela. ¿Pero cómo se ve a sí mismo? ¿Qué proyecto de vida sigue? Cuando en Vigo Cayetano es tildado de socialista por sus socios conservadores, quienes consideran la propiedad la base de la familia y de la patria, argumenta como tal, como socialista, y expresa su esperanza de que tarde o temprano el mundo esté gobernado por socialistas. También se muestra una orientación socialista en Cayetano cuando éste considera un escándalo que los pescadores de Pueblanueva no puedan salir nunca de la pobreza. Su proyecto de futuro es que todo el pueblo perciba ingresos regulares, porque sólo de ese modo se puede organizar una economía razonable. Al fin y al cabo, Cayetano quiere hacer de Pueblanueva un ejemplo.

¿Son sus esperanzas tan nobles como parecen? Hay otros que ven sus intenciones de otro modo. Carlos constata en él una sed de poder enfermiza como estímulo, un diagnóstico que por su puesto nunca aceptaría Cayetano. No obstante, Carlos también considera posible que tras las ansias de poder de Cayetano se esconda algo más que la simple tentativa de compensar su complejo de inferioridad. A su manera, ha venido configurando en Pueblanueva su papel de salvador. Mientras el pueblo ve en Cayetano a su bienhechor, Juan advierte que él y Carlos piensan de otro modo y que el presunto bienestar económico del pueblo sólo debe ser valorado como excusa de Cayetano. El objetivo real de dicho pretexto sería el poder y la represión de toda libertad. En realidad, Cayetano querría convertirlos a todos en esclavos, tal como funcio-

nan los engranajes en una máquina, a los que pondría en marcha todas las mañanas con su sirena. Para Juan, esto contiene todos los aterradores rasgos del comunismo, del cual había ya renegado precisamente por esa razón. ¿Se esconde entonces tras el proyecto de vida de Cayetano el ansia de poder, un complejo de inferioridad, el deseo de oprimir y esclavizar a los demás o se considera a sí mismo benefactor jugando el papel de redentor?

Hay también en la novela otras interpretaciones posibles. El diputado Lino duda de la rectitud de Cayetano y le toma por uno de esos que comienzan como socialistas y, con el paso del tiempo, viran hacia la derecha, que en público se proclaman demócratas y en su vida privada tienen una cara completamente distinta. Da como ejemplo a un republicano, casado con una vizcondesa y que lleva el título escrito en la badana del sombrero. El estatus de Pueblanueva, que una vez ya se había liberado con orgullo del dominio feudal, se podría calificar ahora de feudalismo industrial (Torrente, 2007: III, 1104-1105). Así, mientras que Lino etiqueta a Cayetano como señor feudal, en el Casino se piensa de otro modo y se niega allí que el déspota Cayetano pueda alegrarse de la aproximación de los partidos de izquierda al comunismo, pues él es un capitalista, aunque un capitalista avanzado. A Paquito, aparentemente loco, Cayetano le parece el señor absoluto de formato casi metafísico: “Antes mandaba mucho. Ahora, es ya como Dios: nadie manda más que él. ¿Qué pasa cuando la tía Rosa malpare? Que lo quiere Cayetano. Yo le digo a la tía Rosa cuando está preñada: «No le ponga velas a san Cipriano, póngaselas a Cayetano». Ella me dice que soy hereje; pero ¿no tengo razón? ¿Qué llueve mucho? Cayetano tiene la culpa. ¿Que suben las subsistencias? A Cayetano con el cuento. ¿Que el Gobierno de la República es una calamidad? ¡A Cayetano con las responsabilidades!” (Torrente, 2007: III, 1062). A Paquito le gustaría ver al diputado Cayetano como contrapeso frente a Cayetano, para que exista competencia. “Pero ¿qué sucederá si Cayetano sigue solo? Le crecerá el poder, mandará en el país, en Europa, en el mundo. Querrá llegar a los cielos y a los infiernos, y, entonces, los cielos y el infierno se pondrán de acuerdo para aniquilarlo”. (Torrente, 2007: III, 1063)

Consecuentemente, se puede ver a Cayetano como representante de un feudalismo industrial, como capitalista o como señor absoluto de proporciones apocalípticas. Al interpretar los diferentes personajes de la novela el proyecto de vida de Cayetano, éste juega en sus respectivos proyectos de vida otro papel y se convierte en otra circunstancia que, por su parte, condiciona los proyectos de vida de los demás. Será Paquito quien, en último término, quiera terminar con un tiranicidio el dominio de Cayetano.

#### VITA CONTEMPLATIVA: HOMO RELIGIOSUS

En el ámbito de la vita contemplativa no debería tratarse de la autoridad, sino de la piedad y la erudición. La religión ofrece diversos proyectos de vida. Así, uno puede convertirse en monje o monja, uno puede ser cura o cristiano practicante. Todas estas variaciones aparecen en nuestra trilogía. En este punto, se plantea la cuestión de si las disposiciones religiosas tienen un mayor grado de obligatoriedad que las políticas. El claustro donde viven Ossorio y Eugenio resulta ser un trasunto de las relaciones de Pueblanueva a pequeña escala. También aquí hay una jerarquía, a la que el padre Fulgencio da gran importancia, por lo que rechaza por herética la doctrina dirigida contra la jerarquía clerical de su predecesor, el abate Hugo. En cambio, el padre

Eugenio es partidario de la piedad del anterior abate Hugo, cuyo recuerdo pretende eliminar de la faz de la tierra el padre Fulgencio. Hugo emplaza el amor en el centro de sus doctrinas, con lo cual sería inmoral no amar al prójimo o incluso despreciarlo, tal como hace el explotador, que convierte al trabajador en una herramienta de su codicia. El proyecto de ampliar el monasterio con una escuela y así asegurar su situación financiera convierte a Fulgencio en el explotador de Eugenio, quien tiene que pintar al mes entre cuatro y cinco imágenes de santos cursis y ridículas, que después son vendidas a una casa de Barcelona y cuyos beneficios financian el monasterio. Eugenio lo consiente, permanece fiel al monasterio y lleva a cabo sus verdaderas ideas artísticas en la restauración de la iglesia de Mariana, en la cual pretende pintar una imagen incómoda del Señor, una imagen que acusa y que al mismo tiempo muestra el camino del amor y del perdón. Carlos predice que por ello se encontrará con el rechazo del pueblo, pues la gente de Pueblanueva sólo tolerará a un Dios hipócrita que les apruebe con su sonrisa o haciendo la vista gorda. Al mismo tiempo, le da a entender que hará una hazaña gigantesca porque habrá dicho la verdad y porque quiere hacer buenas a las personas. Por tanto, mientras Eugenio permanece fiel a su proyecto de vida como monje, Fulgencio podría compararse a Cayetano, pues le preocupa más el bienestar material que la caridad. De este modo, Fulgencio, que lucha contra la autoridad externa cuando oculta las cartas de Hugo y que pretende con grandes esfuerzos asegurar el futuro financiero del monasterio mediante la construcción de una escuela, es un hombre de poder. Para Carlos es indiferente que el padre Fulgencio haga uso de la religión, pues el prior es el caso típico de poder que pretende aniquilar las voluntades de las demás personas para sustituirlas por la suya. Que lo haga bajo el pretexto de la religión es lo de menos (Torrente, 2007: II, 504).

Antes de abandonar el monasterio, el padre Ossorio echó en cara el padre Fulgencio su falta de sabiduría, humanidad y amor al prójimo. Ossorio era aquel cuyos sermones escuchaban las señoritas de las mejores familias del lugar, las cuales iban a la misa del monasterio al amanecer acompañadas por una señora mayor. Pensaba Ossorio que las entusiasmaba con sus sermones, mas el padre Eugenio consigue desilusionarle al advertirle que la señora que acompañaba a las señoritas les explicaba que yendo a misa, estarían mágicamente a cubierto del acoso del Casanova local, Cayetano. Cuando el grupo al fin se disuelve, sólo Inés continúa yendo cada mañana al monasterio hasta la partida de Ossorio. ¿Y cuál es el proyecto de vida de Inés? Mientras tenga que ocuparse de su madre, quiere seguir siendo costurera y, después, meterse a monja, le dice a su hermano Juan. No obstante, no hace ni lo uno ni lo otro, sino que sigue a Ossorio, quien, después de haber abandonado el monasterio tras una pelea con Fulgencio, se marcha a Madrid. Mientras que Inés no se convertirá en monja y se casará con otro, el antiguo monje se hace cortar el cabello en Madrid de forma que no se reconozca la tonsura y desaparezcan las pruebas de su pasado como monje. Del mismo modo, se disfraza de hombre malo para, por una parte, ocultar al monje, y, por otro, para defenderse del mundo, que también es malo. Al contrario que Eugenio, Ossorio desecha su proyecto de vida original, con lo que motiva que Inés también lo cambie. Si por un lado Hugo fue un abad piadoso y espiritual, el proyecto de vida de Fulgencio, en cambio, está enfocado a lo material y es poco favorable a la religiosidad. Por tanto, el *homo religiosus* no parece ser más consecuente y recto en sus determinaciones que el representante de la vita activa.

## ¿VIR DOCTUS COMO VIR BONUS?

Carlos queda representado como hombre de ciencia. ¿Pero convertirse en científico fue su proyecto de vida? Como ya se mencionó, optó por el oficio de médico por que su madre le encaminó hacia él. Carlos admitirá no haberse convertido en un erudito ni en un gran psicoanalista. Uno de sus profesores le declaró un caso perdido, pues no consiguió interesarse seriamente por la ciencia. No quiso observar la poesía, la teología o el arte desde el punto de vista del psicoanálisis, sino ocuparse de ellas por sí mismas, con lo que resultó ser poco profesional e infringió las reglas de la ciencia (Torrente, 2007: I, 187). A la edad de treinta y cuatro años, a Carlos le parece demasiado tarde para comenzar de nuevo y llevar a cabo su propio proyecto de vida. Con todo, de su época de estudiante le queda un hábito: la manía de analizarlo todo. Mas tampoco aquí se muestra como intelectual soberano, pues ha de lamentar que en sus análisis llega a conclusiones en las que ni él mismo confía. Así sucede por ejemplo cuando observa ciertos detalles. Se concentra en la frase de Cayetano “en Pueblanueva del Conde no hay más mujeres decentes que mi madre”, quiere analizarla, diseccionarla y sacar sus conclusiones sobre Cayetano (Torrente, 2007: I, 123). Más tarde consigue encontrar un diagnóstico para Cayetano y ve en él un neurótico. Dado que ahora tiene la sensación de poder adivinar sus intenciones y de tenerle a su merced, podría intentar prever y obstaculizar cada paso de Cayetano (Torrente, 2007: II, 400). Sin embargo, no lo hace, quizá porque desconfía de sus deducciones o porque no está habituado a actuar.

Mariana tiene a Carlos por inteligente, pensativo y abúlico. Nunca comería una pera madura, sino que analizaría de dónde proviene y por qué ya no cuelga del árbol. Tan escasa es su actuación que Clara opina que quizá estaría en el lugar correcto si no tuviera otra cosa que hacer que hablar. Hablar es lo único que sabe hacer (Torrente, 2007: II, 464). En otro pasaje, Clara proclama ante Carlos que puede que entienda mucho de libros, pero que de la vida no sabe gran cosa (Torrente, 2007: II, 588). Así pues, Carlos analiza, puede hablar y entiende tanto de libros que incluso quiere escribir un libro sobre Pueblanueva. Por eso observa a los demás, como da a entender a Juan cuando éste le pide que le cuente algo sobre sí mismo: “Yo sigo viendo vivir a los demás” (Torrente, 2007: III, 862). En lugar de integrarse en la vida del lugar, ha estado investigando, pues en su libro le gustaría escribir sobre la sociedad en pecado.

Con todo, no puede cumplir con las expectativas de Juan, de Mariana y del resto de gente del pueblo, a los cuales les gustaría que el erudito les quitara las riendas de las manos a los ricos. Carlos no demuestra interés alguno a este respecto (Torrente, 2007: I, 187). ¿Está cansado porque con tanta frecuencia ha tenido que llevar a cabo los proyectos de vida que otros han proyectado por él? Reconoce ante Clara que le gustaría ser menos perezoso (Torrente, 2007: II, 779). ¿Tiene la circunstancia Pueblanueva un efecto tan paralizante que al final ha de abandonar el lugar junto con Clara para comenzar de nuevo en un hospital de Portugal? ¿O es inútil esperar de Carlos, ejemplo de proyecto vital de una vida contemplativa, una actitud activa y decidida? Puede que sus dificultades para confiar en sus propias deducciones estén fundadas en el hecho de que no se ha decidido por ningún proyecto de vida, tampoco por el del psicoanálisis.

## VIRTUDES, DEBERES Y CIRCUNSTANCIAS

Como ya mencionamos, según Ortega los asuntos de la realidad son importantes en tanto que posibilitan o impiden, facilitan o dificultan la realización del proyecto de vida. No se les juzga de forma objetiva, sino desde el punto de vista del sujeto. Queda pues claro que la realidad no es algo objetivo, válido siempre y en todo lugar, sino que es algo que cabe considerar que tiene una función para la vida de cada uno y que aparece como una serie de situaciones y circunstancias. No hay ninguna verdad absoluta ni eterna: "No hay, pues, 'ideas eternas'. Toda idea está adscrita irremediabilmente a la situación o circunstancia frente a la cual representa su activo papel y ejerce su función" (Ortega, 1951: VI, 391). Ortega nombra algunos precursores de la historia de la Filosofía como ejemplos de su interpretación de la realidad emergente del sujeto. Considera un logro de Kant el haber eliminado la primacía de la observación teórica a favor de la práctica y el haber colocado la voluntad y la acción en primer lugar. Para la razón práctica, el conocimiento no es un reflejo pasivo de la realidad, sino una construcción: "De contemplativa, la razón se convierte en constructiva y la filosofía del ser queda íntegramente absorbida por la filosofía del deber ser. [...] Saber no es ver, sino mandar. La quieta verdad se transforma en imperativo" (Ortega, 1951: IV, 46). Al considerar Ortega la realidad como construcción del sujeto, está yendo más allá que Kant y argumentando desde la perspectiva de la filosofía del idealismo alemán. De forma explícita, Ortega cita a Fichte, según el cual el intelecto construye ideales por los que debe guiarse la realidad. La realidad no es pues una construcción de lo que es, sino "de lo que debe ser" (Ortega, 1951: III, 280). Ortega no se adhiere por completo a la filosofía del idealismo alemán, sino que recurre a ella sólo como ejemplo para ilustrar su posición filosófica de la vida.

Si el conocimiento es una respectiva construcción subjetiva, ¿qué pasa con la ética? ¿Hay valores, obligaciones y virtudes válidos desde un punto de vista objetivo? Ortega muestra que existe una diferencia entre los postulados personales éticos y vitales. Lo ilustra poniendo como ejemplo a una persona que esté destinada a ser ladrón. Ser ladrón es su proyecto de vida y, al mismo tiempo, su imperativo y su objetivo vital: "El hombre cuya entelequia fuera ser ladrón tiene que serlo, aunque sus ideas morales se opongan a ello, repriman su incanjeable destino y logren que su vida efectiva sea de una correcta civilidad. La cosa es terrible, pero es innegable: el hombre que tenía que ser ladrón y por virtuoso esfuerzo de su voluntad, ha conseguido no serlo, falsifica su vida" (Ortega, 1951: IV, 406). Se debe pues diferenciar entre el deber moral, que se halla en el ámbito de la razón, y un imperativo vital, que se deriva de la vocación personal de profundas raíces. Ortega cita en este contexto a Goethe, quien denomina el imperativo vital como lo que es conforme al individuo. Así las cosas, hay que diferenciar un imperativo intelectual y ético de otro imperativo vital concreto y derivado del respectivo proyecto de vida, que es diferente en cada persona dependiendo de su determinación. En la novela de Torrente Ballester, estos imperativos se denominan la mayor parte de las veces obligaciones.

¿Existe en la novela de Torrente Ballester el imperativo vital que se deriva de la vocación personal de profundo arraigo? Si partimos de la idea de que la vocación personal de Mariana es la salvaguardia de la tradición familiar, sus imperativos proceden ya de la cuna. Del mismo modo, pretende que sean los mismos para Carlos, quien como miembro de la familia Deza se distingue de los demás. De este modo, éste no tendrá las mismas obligaciones que los demás, para él hay cosas que debe hacer y otras que no podrá permitirse nunca (Torrente, 2007: I, 97). "Fulano y Fulana son

siempre algo más que un nombre, y es por ese algo por lo que somos verdaderamente hijos de nuestros padres” (Torrente, 2007: I, 46).

En lo que respecta al imperativo vital, Carlos toma una posición particular y no considera tener obligación alguna en Pueblanueva. Cuando los pescadores se encuentran en apuros, se preguntan si podrían rogar a Carlos que se ocupara de sus intereses, y si tendrían el derecho de pedirle que se pusiera de su parte. Aunque Clara opina que es su obligación escucharles, tras la conversación Carlos no puede comprender que crea que es su obligación permanecer allí y ocuparse del bienestar de los pescadores. Paquito tiene preparadas otras obligaciones para Carlos y opina que todos tienen la obligación de matar a Cayetano; tanto más es obligatorio para él y para Carlos cuanto en su caso se añaden motivos personales. Carlos, que no quiere comprometerse, contrapone a las presuntas obligaciones que otros le atribuyen una fortuna alternativa de la cual se deriva que tenga que abandonar la ciudad.

Juan adquiere obligaciones con sus hermanas a causa de la pertenencia a la misma familia. Considera su obligación el sacar a sus hermanas de la pobreza: A pesar de ello, no acepta el trabajo que le ofrece Cayetano. Inés cuenta a Juan que se marchará tan pronto como haya cumplido con sus obligaciones. Según ella, ha comprendido cuán importante es cumplir con las obligaciones. Cuando más tarde Inés se marcha a Madrid, Juan se considera obligado a seguirla, aunque sabe que los pescadores se lo tomarán a mal y le tendrán por traidor. Paquito también experimenta cierto sentido de la responsabilidad. Cuando llega la primavera, tiene que visitar a su novia, aun cuando deja solos a Carlos y a Juan con las tareas caseras. “Pero no puedo dejar a mi novia con un palmo de narices. El deber es el deber” (Torrente, 2007: III, 1083). Las obligaciones que se derivan o se rechazan por vínculos familiares o de amistad son componentes de cada proyecto de vida.

¿Queda clara la existencia de un hiato tanto en Torrente Ballester como en Ortega entre los imperativos morales y los vitales? Observemos a Cayetano, que se define a sí mismo como hombre de negocios (Torrente, 2007: III, 998). ¿Cómo es la moral del hombre de negocios? “Pero Cayetano da el tono moral al pueblo. Arrebata o compra. En el fondo todo el mundo cree que lo que él hace es lo que está bien, y Rosario también lo cree” (Torrente, 2007: II, 638). Carlos, que juzga de este modo a Cayetano, utiliza la palabra “moral” de forma metafórica y quiere decir con ella el imperativo vital del hombre de negocios. El mismo Cayetano ve a su madre como la vara de medir lo bueno y lo malo, aunque ya al imaginarse seduciendo a una de las muchachitas piadosas da comienzo a otro imperativo vital. Su madre está acostumbrada a sus historias con mujeres y las compensa rezando por él. En su opinión, Cayetano habría tenido muchas amantes, lo que desde un punto de vista moral no es correcto, pero es una cosa de hombres. Y como les ha obsequiado con bonitos regalos, ninguna de ellas puede quejarse. Según Angustias, aquél no hace nada malo, sino solo algo bueno, pues ayuda a muchas personas a salir de la pobreza. Para justificar los imperativos vitales se relativizan aquí los morales.

¿Existe una relación entre la pobreza y la moral? Juan opina que uno debería escapar a toda costa de la pobreza, pues esta trae consigo la miseria moral (Torrente, 2007: I, 183). No obstante, a pesar de toda la pobreza familiar, reprocha a Clara no tener moral alguna cuando acepta de Mariana un sueldo de 40 duros por trabajar en su tienda de quincalla. Esta moral de Juan surge de su proyecto de vida, pues mientras lidere a los pescadores, su credibilidad estaría en peligro si éstos organizaran una huelga contra Mariana reclamando un aumento de sueldo. La discusión sobre la moralidad sexual de la Iglesia en la novela es un buen ejemplo del conflicto existen-



te entre imperativo moral y vital. Para Baldomero, la Iglesia hace humillarse a todos los españoles ante un Dios vengativo y enemigo de la vida. Se debería desear más bien lo que todos los pueblos civilizados desean y casi han alcanzado. Se deberían convertir las relaciones entre hombre y mujer en algo hermoso y natural, sin tragedia ni pecado. Cubeiro lo aprueba: "Lo que usted pretende es convertir la iglesia en una casa de putas. Estoy de acuerdo." (Torrente, 2007: III, 922). Los argumentos de Cayetano van en la misma dirección cuando en una conversación con Clara sostiene que las opiniones de los españoles sobre la virginidad de las mujeres están desfasadas y son inhumanas, y las ve como una reliquia medieval. En este caso, las circunstancias modificadas sirven para la justificación de un cambio de la moral. También Carlos posee otros patrones de medida cuando demuestra sus conceptos científicos, y no morales, de la sexualidad. Tanto más claras están para Mariana las obligaciones en lo respectivo a su proyecto de vida, cuanto más oscuras lo están para Carlos en vista del proyecto de vida que no tiene. Como consecuencia, ante Clara representa un relativismo puro: "Todo depende del punto de vista. ¿Existen el bien y el mal? Si no existen, ¿qué más da que Rosario duerma conmigo un número indefinido de veces, qué más da que tenga un marido o no, qué más da que yo sea libre o prisionero? Quizá el bien y el mal sean ideas que no se corresponden a ninguna realidad" (Torrente, 2007: II, 788). Según Carlos, no hay nada que, analizado, no pierda virulencia. Su razón descompone la realidad y una vez la realidad está desmontada en pequeñas piezas, ya no puede volverse en su contra. Carlos cita a Napoleón, quien habría dicho que si uno está sentado, las cosas pierden su dramatismo y uno lo ve todo más claro. Sentado e incluso tumbado intenta Carlos escapar del dramatismo, pues no hay nada que no pierda virulencia cuando uno lo analiza: "No se puede vivir en dos realidades a la vez, pero afortunadamente disponemos de varias para elegir, y a algunos privilegiados del Destino les es dado pasar de una a otra. Yo me cuento entre ellos" (Torrente, 2007: III, 1050). El precio de esta cortesía del destino es, no obstante, la pérdida de una línea clara tanto de actuación como de reconocimiento. La fórmula de Ortega debería haber sido para Carlos: "Yo soy los yos de mis distintas circunstancias posibles".

Recapitulemos lo visto hasta ahora. Petrarca veía la confrontación del sujeto con los hechos objetivos como una lucha entre *virtus* y *fortuna*, donde la *fortuna* intentaba imponerse mediante la arrogancia, la soberbia y la codicia o mediante abatimiento y temor, mientras que la *virtus* presentaba comedimiento y fortaleza, además de otras virtudes. El objetivo de la *virtus* era encaminar a un proyecto de vida infalible mediante la plena posesión de la verdad. También el filósofo de la vida Wilhelm Dilthey trató el proyecto de vida al diferenciar a aquellos que disponen su vida siguiendo un proyecto vital de aquellos que de forma pasiva observan el mundo como espectadores. Las esperanzas tienen en Torrente Ballester una función estabilizadora, pues también son confortantes en cuanto a ilusiones y mentiras y, siguiendo a Erasmo, también dan alegrías cuando son locuras y mantienen alejado el sufrimiento. La arrogancia, *hybris*, rechazada por Petrarca como pecado, es en Ortega un distintivo del ingenuo hombre masa. Torrente Ballester demuestra en Carlos que no todo hombre selecto está libre de ella, como cuando éste mira por encima del hombro tanto a Germaine como a Cayetano. No obstante, estos dos personajes son ejemplos del incesante entrenamiento, característico de la minoría selecta. No todos los personajes de la novela viven su propio proyecto de vida. Como los fuertes imponen su proyecto a los débiles, Carlos está supeditado a Mariana y Eugenio a Fulgencio. Los demás, como gente, tienen, como es natural, influencia en los proyectos vitales, dado

que son parte de la circunstancia, la cual, a su vez, queda configurada constantemente por las personas según los diferentes proyectos de vida.

Los proyectos de vida son aquello que se contrapone a las circunstancias, tal como la *virtus* a la *fortuna* en Petrarca. Mas no son, ni para Ortega ni para Torrente Ballester, resultados del conocimiento objetivo, sino una construcción subjetiva. No se ofrecen de modo objetivo, sino que son ideados por un sujeto, como el proyecto de vida de Juan como tiranicida, anarquista y fascista o los proyectos de vida de Cayetano, propios o atribuidos, como socialista, capitalista, gobernante absoluto o salvador. Fulgencio probó que existían proyectos capitalistas de vida en el monasterio. Ossorio e Inés fueron ejemplo de que los proyectos de vida de la piedad pueden ser efímeros. La manía de Carlos de analizarlo todo, de leer y de no actuar, ¿fue el proyecto de un hombre de ciencia o la prueba de la problemática de un proyecto tal, sobre todo cuando según Ortega la actuación tiene prioridad frente al conocimiento? Por último, la preferencia por los imperativos orientados al proyecto de vida frente a los morales y la importancia de las cosas del mundo, dependiendo de si éstas posibilitan, impiden, facilitan o dificultan el programa vital, dejaron claro que no puede esperarse en Torrente Ballester un conocimiento objetivo en el sentido de Petrarca. En la perspectiva filosófica vital de Ortega y de Torrente Ballester se trata en primer lugar de decidirse, ante una determinada circunstancia, por un proyecto de vida que, desde ese momento, se extiende sobre la realidad como una red para captar el significado de esa realidad. Así las cosas, un proyecto de vida es un *a priori*, no solamente para la acción, sino también para el conocimiento. Pero incluso en ese caso no se trata de otra cosa que no sea la cuestión de Petrarca de cómo cada uno ha de hacer frente a su propio destino.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Erasmus von Rotterdam (2006). *Lob der Torheit*, aus dem Lat. übers. von Heinrich Hersch. Köln: Anaconda.
- Dilthey, Wilhelm (1911). "Die Typen der Weltanschauung und ihre Ausbildung in den metaphysischen Systemen", en: *Weltanschauung*, Max Frischeisen-Köhler (ed.). Berlín: Verlag Reichl.
- Heitmann, Klaus (1958). *Fortuna und Virtus. Eine Studie zu Petrarcas Lebensweisheit*. Köln, Graz: Böhlau Verlag.
- Ortega y Gasset, José (1951). *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente. (1983) *Obras completas*. Madrid: Alianza.
- Torrente Ballester, Gonzalo (2007). *Los gozos y las sombras*. Madrid: Alfaguara.